

mandó que le paseasen por toda la ciudad, dando licencia á todos para que le insultasen y maltratasen. El populacho efectivamente le tiñó con sangre todo el cuerpo; y viéndole así los Jueces se valieron de todos los artificios que les sujeria su sabiduría infernal, para amortiguar su fe y atraerlo á su partido. Al oírlos blasfemar del Dios de los Cristianos, nacido, como ellos decian, en una vergonzosa indignencia, y muerto en un suplicio afrentoso; San Víctor les echó en cara la vida verdaderamente obscura y sórdida de los dioses que mas veneraban, las maldades y adulterios de Júpiter, el incesto de su hermana y esposa Juno, la fiereza sangrienta de Marte, y las liviandades de Venus. „¿Creeis obrar mejor que yo, añadió el santo Mártir, adorando á las calenturas erigidas por vosotros en divinidades, ó reverenciando como á dioses al espanto y al furor? Me avergüenzo de hablar de vuestro Priapo y de otros dioses de esta naturaleza, á los que vuestra culpable ceguedad está de continuo alzando altares y ofreciendo holocaustos. ¡Cuánto mas gloriosa es la voluntaria indignencia de Jesucristo, que la orgullosa é impura opulencia de tales divinidades! Cuando él quiso sustentó á quinientas personas con solos cinco panes. ¡Qué fuerza tiene su humildad, puesto que sanó todas las enfermedades del cuerpo y del alma de sus discípulos, y aun de sus contrarios! ¡Qué triunfante es la muerte de aquel que da vida á los muertos y se la restituye á sí mismo! Por fin, ¿qué cosa mas santa que la vida de este Hombre-Dios de cuyo nombre blasfemais?

¿Qué cosa mas justa y mas sencilla que sus preceptos, y mas apreciable que sus promesas, y mas terrible que sus amenazas?”

Los jueces á todas estas persuasivas razones no respondieron con otras que con la fuerza y el poder, y le propusieron la alternativa de sacrificar á los Dioses, ó de ser sacrificado á ellos. Víctor respondió entonces: *puesto que dejais á mi arbitrio el elegir, voy á confirmar con las obras las palabras que habeis oído de mi boca: detesto á vuestros Dioses, y adoro á Jesucristo; tal es mi postrera resolucion: cumplid ahora con vuestro ministerio.* Inmediatamente pusieron al intrépido Confesor en el ecúleo, y le atormentaron por mucho tiempo, sin que él dejase de mirar al cielo é implorar su socorro. Entonces se le apareció el Salvador cargado con su cruz, y le dijo: *ten buen ánimo, Víctor, yo soy quien padezco en mis Santos; yo soy quien sostengo tu valor, y yo quien te dará la debida recompensa.* Un manantial de alegría inundó toda el alma del santo Atleta al oír estas palabras, y parece que le hizo insensible al dolor; porque cansados los verdugos de martirizarle, tuvieron que volverlo segunda vez á la cárcel.

Estuvo iluminado toda la noche el calabozo del Santo con una brillante luz, y tres soldados que lo vigilaban, al ver este milagro, se echaron á sus pies y le pidieron el bautismo. Noticiaron al punto este suceso á Maximiano, y mandó atormentar de nuevo á San Víctor y matar á los soldados si persistiesen en alistarse en las banderas del Evangelio; cuya sen-

tencia se ejecutó al momento, porque ninguno de los tres desistió de su resolución. Respecto á San Víctor, quiso el Emperador oírle y juzgarle por sí mismo; y á este fin mandó alzar un altar y le propuso que ofreciese holocaustos á sus dioses, prometiéndole toda suerte de favores y recompensas, si le obedecía. Y acercándose el Santo como si quisiese complacer al tirano, tiró de un puntapié el altar y todo lo que estaba dispuesto para el sacrificio: acción á la verdad vituperable, si la consideramos por las reglas ordinarias; pues debe tenerse el respeto debido á las potestades temporales, aun cuando mande la voluntad del Supremo Señor de todas las cosas no obedecerlas. Empero á mas de que los impulsos del espíritu de Dios no siempre están sujetos á las leyes comunes, se ocultan á las veces á nuestro limitado entendimiento muchas circunstancias capaces de justificar lo que á primera vista nos parece irregular en la conducta de muchos Mártires.

Querian las mas veces los tiranos sorprender á sus víctimas con artificios, para convencer al público, por una equívoca apariencia de que habian abjurado su fe; y no les quedaba mas recurso para precaver el escándalo, que aquellas determinaciones ó respuestas llenas de una osadía que en cualquier otro caso mereceria el nombre de arrogancia ó de furor. Mandó Maximiano que cortasen un pie á San Víctor, y que moliesen todo su cuerpo en un molino que se movia á brazo; pero se quebró la máquina, y viendo el tirano que todavía respiraba, hizo que le

cortasen la cabeza: y en el mismo instante se oyó una voz del cielo que decia; *venciste, Victor, venciste*. Mandó el Emperador arrojar al mar su cuerpo y los de sus compañeros en el martirio: pero las olas los condujeron á la orilla, y los fieles los enterraron en una gruta, donde se obró una multitud de milagros. Edificó el Abad Casiano posteriormente en Marsella, en honor de San Víctor, un célebre monasterio, del que dependió el que habia en París bajo la misma denominacion.

10. La persecucion se extendió hasta las provincias mas lejanas del Imperio. Degollaron en Numidia á un jóven Cristiano, con el pretesto de que rehusaba alistarse en la milicia: llamábase Maximiliano, y su edad no pasaba de veinte y cuatro años, y era de gentil continente, por lo que queria absolutamente el Procónsul Dion, que entrase á servir de soldado; pues entre los Romanos todos los jóvenes debian serlo un cierto tiempo, y Maximiliano lo diferia por el peligro tan urgente á la sazón entre las tropas, de contravenir á la observancia de la verdadera Religion; porque se practicaban mil ceremonias muy contrarias á su santidad, con las que no podia cumplirse sin caer en la idolatria. Mostróse Maximiliano inflexible en el propósito de mantener la fe, aun á costa de su propia vida, y en efecto fue condenado á perderla. Volviéndose entonces hácia su padre, que estaba allí, le rogó diese al verdugo un vestido nuevo que le guardada; y el padre cuyos sentimientos no eran menos apreciables, en vez de estremecerse, salió dando

gracias á Dios por la feliz muerte de su hijo , de la que participó tambien pasado poco tiempo.

El dia del cumple años del Emperador abandonó el servicio en España Marcelo , que era Centurion en la legion de Trajano ; cuyo hecho nos descubre claramente el motivo que obligaba á los fieles á no seguir la milicia. *Si es preciso* , dijo Marcelo , *que los soldados sacrifiquen á los dioses y á los Emperadores, dejen desde este momento la espada y el sarmiento* (este era el baston que usaban los Centuriones ó Capitanes, y el solo, con que les era permitido castigar á sus soldados). San Marcelo fue remitido para ser juzgado al Gobernador de Mauritania , Lugar-Teniente del Prefecto del Pretorio , el que le condenó á muerte : mas su Secretario que se llamaba Casiano , al tiempo de estender el decreto de sentencia , escitado por un repentino impulso de la gracia , tiró al suelo todos los papeles y dió otras pruebas claras de la mudanza que obraba en su corazon ; y en consecuencia fue condenado á muerte , como San Marcelo , aunque no se egecutó la sentencia hasta pasado un mes de la de este Santo (\*). Cerca del confluente de los rios Ems

(\*) San Marcelo era Centurion ordinario de una de las legiones que solian residir en Leon ; fue martirizado en Tanger de la Mauritania , el año 298 , desde donde fue despues de largo tiempo trasladado su cuerpo á Leon. Boronio refiere las actas genuinas y legítimas de su martirio al dia 30 de Octubre de 298. Todos los hijos del Santo y de Santa Nonna su esposa , que le sobrevivió , fueron despues Mártires. Léase al docto continuador de Florez , tomo 34 , trat. 70 , cap. 17 , pág. 336 y siguientes.

Un año , ó poco mas antes del martirio del ilustre Centurion

y Danubio , en la Norica , martirizaron muy bárbaramente á cuarenta soldados á un mismo tiempo ; y Floriano , uno de sus compañeros de armas , como quisiese serlo tambien de su fe y su martirio , fue muerto á palos por orden del Prefecto , y su cuerpo echado al rio.

11. No se habia sin embargo publicado hasta entonces edicto alguno general contra los fieles ; antes al contrario se conducia Diocleciano con una política tal que hacia la mayor confianza de ellos , y ocupaban cerca de su persona los Cristianos muchos car-

Marcelo , esto es , en el 287 ó 288 , lograron la doble corona de la virginidad y del martirio , las dos Santas hermanas Justa y Rufina. Eran naturales de Sevilla , y tuvieron la felicidad de ser educadas en la Religion cristiana. Celebrando las mugeres idólatras la fiesta de la diosa Venus ó Luna , que llamaban Salam-bona , llegaron á la tienda de las Vírgenes , y diciéndolas que adorasen el ídolo , pidieronles tambien que contribuyesen con dinero para la fiesta. Las Santas nada quisieron darles , y entonces las mugeres gentiles hicieron pedazos cuanto habia en la tienda. Las Santas vírgenes indignadas , no por el desacato é injuria sino por el motivo , hicieron pedazos tambien el ídolo. Con esto las presentaron á Diogeniano , Gobernador de la ciudad y provincia , quien averiguó que eran Cristianas , y no pudiendo reducir las á que renegasen de Jesucristo las mandó estender sobre el potro y que rasgaran sus carnes con uñas de hierro. Encerradas luego en un obscuro calabozo , Justa murió allí mismo , y Rufina dió su espíritu al Criador entre los mortales golpes con que le magullaron la cabeza. Mas no satisfecha la ferocidad del tirano con el sacrificio de las inocentes víctimas , mandó arrojar en un pozo el cuerpo de Justa , y quemar el de Rufina ; cuyas cenizas fueron despues recogidas por Sabino , Obispo de Sevilla , y sepultadas honrosamente juntas con el cuerpo de Santa Justa , en un cementerio fuera de la ciudad.

gos y empleos de gran momento. Ellos custodiaban las insignias Imperiales, las piedras de valor y el tesoro; en una palabra, el número de los fieles que estaban ocupados en palacio era bastante crecido para formar el objeto de la solicitud Pastoral de los mas ilustres Prelados. Así se infiere de una epístola de Teonas, Obispo de Alejandría, al Chambelan Enciano, dirigida á exhortar en general á todos los que estaban empleados cerca del Emperador, á que desempeñasen sus encargos de una manera tal, que el nombre del Señor fuese glorificado hasta en las cosas mas ínfimas. „Ya que el Emperador, dice esta docta epístola, os confía su persona con la seguridad de que le sereis mas fieles que los que tienen otra idea que vosotros del Señor, aprovechad de este favor para el lustre y los progresos de la fe. Procurad estar siempre en gracia de este Príncipe; y cuando le fatigue el peso de los negocios ó las peticiones de los importunos, haced de modo que encuentre en vosotros dulzura y amenidad, frente serena y corazon franco; en una palabra, la alegría y la tranquilidad. Sed curiosos sin afectacion, y francos de genio sin indecencia.” Despues Teonas da las correspondientes instrucciones al Bibliotecario de la corte, que era tambien Cristiano. „Muestre, dice, ante el Príncipe, que da la estimacion correspondiente á los poetas, á los historiadores y á los filósofos; procure que lea los libros que le pueden enseñar sus obligaciones, póngale á menudo á la vista el egeplo del Rey Ptolomeo-Filadelfo, que procuró con tanto empeño se hiciese una

buená version de la Escritura sagrada, y encuentre en sus discursos, cuanto pueda, el Evangelio y los libros de los Apóstoles, con el objeto de proporcionar insensiblemente ocasion de hablar de Jesucristo.” Disipan estos avisos prudentes de Teonas toda sombra de imprudencia é indiscrecion con que muchas veces se pretende amancillar algunas de las acciones de los primeros fieles, ó algunos de sus discursos, alterados quizás maliciosamente; pues en todos tiempos la sabiduria Evangélica ha llevado mucha ventaja á la avaricia y ambicion, principalmente por lo tocante al respeto debido á las potestades legítimas, en todo lo que no se opone á la primera obligacion.

12. Mas Diocleciano llegó á poseer bastante conocimiento del cristianismo para distinguir los verdaderos fieles de los hereges; y fue el primero que publicó un terminante edicto contra los Maniqueos, por el que condenaba á las llamas sus personas y escritos: cuya disposicion siguieron despues algunos Emperadores Cristianos, pareciéndoles indispensable para la conservacion de las buenas costumbres y el mejor orden en sus Estados. Pero no dejan de notarse en este edicto de Diocleciano algunas preocupaciones vagas contra el cristianismo en general, fundadas en la novedad y en la oposicion que tenia el Emperador y todo el pueblo á las varias religiones recibidas en el Imperio; aunque detestaba principalmente á los discípulos y partidarios de Manés, como á mónstruos producidos por una tierra enemiga de Roma, en la que intentaban introducir las leyes y costumbres in-

fames de los Persas. De tal modo se portó Diocleciano con los Cristianos; hasta que uno de sus colegas le puso en la precision de tratarlos de un modo harto diferente.

13.º Fueron causa las necesidades del Imperio acometido por todas partes de los bárbaros, de que se creasen en el año 292, dos Césares, además de los dos Emperadores Diocleciano y Maximiano, esto es, Constancio-Cloro y Maximiano Galerio, pues Hercúleo Maximiano había alcanzado ya el título de Emperador en el de 286. Constancio Cloro, el mas bien nacido y el mejor de todos estos Príncipes, cuyos talentos militares y buen natural le habían granjeado un nombre ilustre en los reinados anteriores, recibió el mando con título de Emperador de las Galias y de las Islas Británicas. Fue elegido con igual título Maximiano Galerio, para el gobierno de la Iliria, de la Grecia, y de la Panonia baja: era hijo de un aldeano del país de los Dacios, y toda la cultura de las costumbres Romanas no bastó á quitarle mil resabios de su bárbaro origen: su estatura y rostro eran espantosos, y su aire, su andar, el tono de su voz, en una palabra, todo él anunciaba á primer vista la aspereza, la grosería y la inhumanidad. Pero por otra parte era valiente y muy afortunado, y por estas circunstancias había arribado á los primeros puestos en la milicia. Su mayor satisfaccion era darramar continuamente la sangre humana; y estaba tan lejos de horrorizarse á su aspecto, que se cuenta de él que en lugar de criar perros para su diversion, tenia siem-

pre unos grandes osos, y se complacia en ver como devoraban á los miserables proscriptos, cuyo espectáculo le agradaba mucho y en particular mientras cenaba. Tal era el autor de la décima y última persecucion general, que duró por espacio de diez años.

14.º No provenia realmente de otra causa el odio que manifestaba Galerio á los Cristianos, que de su natural malignidad; pero su madre era quien lo fomentaba; pues toda aquella casta bárbara é inculta tenia un mismo modo de opinar y unos mismos procederes: y en general era injuriarles no adularles en todos sus vicios é imitarles en ellos.

Hacia todos los dias sacrificios y banquetes de carnes inmoladas la madre de Galerio, supersticiosa en extremo; y los Cristianos cuyo número era excesivo, y que por lo mismo se echó de ver su conducta, se abstenerian de tales funciones, lo que fue para aquella muger tan colérica como imperiosa, un delito indisculpable, y encontró medio para determinar á su hijo á que resolviese su entera destruccion. Mostraba repugnancia el viejo Augusto en condescender; pero Galerio se había ya hecho temible á todos, y le parecia poco no ser mas que César despues de diez ú once años; además que no hacia mucho tiempo que había ganado una gran batalla contra los Persas, cuyo hecho le tenia mas ensoberbecido. Así nadie osó privarle del gusto de regar el mundo con la sangre inocente de los Cristianos, y dejar despoblado el Imperio. El sagáz Diocleciano quiso sin embargo que se celebrase un Consejo, porque siempre consultaba

cuando se trataba de mandar lo malo, para disculparse con los otros; mientras que de nadie se aconsejaba cuando queria hacer alguna cosa buena. No hubiera el Consejo contradecido impunemente á las insinuaciones de Galerio; así su resolución fue, que se persiguiese á los Cristianos, y se señaló para principiar la ejecución del decreto el día de la fiesta de los Terminales, último del año Romano, que correspondia al 23 de Febrero de nuestro año 303, el que pretendian que fuese tambien el término de la destrucción del cristianismo; porque nada menos se habian propuesto que su entero esterminio.

15. En Nicomedia se hallaba entonces la corte; y al despuntar el día, el Prefecto del Pretorio, con los principales Oficiales del ejército, se apostó, como si fuese á hacer alguna empresa heroica, á la puerta de la Iglesia, que estaba en un parage elevado á vista del palacio; y los dos tiranos estaban asomados á las ventanas aguardando el espectáculo para ellos tan agradable. Principióse por derribar las puertas; entraron luego y fueron buscando por todas partes la imagen del Dios de los Cristianos; quemaron los libros santos, los vasos sagrados fueron abandonados al pillage, y por último queria Galerio que se entregase á las llamas el edificio, pero temiendo Diocleciano que se estendiese el incendio y llegase á ser general, se contentó con hacerlo arruinar enteramente. Publicóse al día siguiente un edicto por el que se mandaba arrasar hasta los cimientos de todas las Iglesias, y quemar los sagrados libros, privándose á todos los

Cristianos de las dignidades, privilegios y honores de que gozaban, esponiéndolos á toda clase de malos tratamientos, sin que les fuese permitido quejarse, ni aun reclamar lo que perdiesen en el robo y el pillage; y no obstante no se tuvo por conveniente condenarlos á muerte. Sucedió á este edicto otro que ordenaba se arrestase á todos los Obispos, y se les precisase á sacrificar á los ídolos por todos los medios posibles.

16. Empero Galerio no se limitó á esto: hizo quemar secretamente el palacio de Nicomedia, y echó la culpa de esta atrocidad á los Cristianos, fingiendo un gran temor y saliendo con una fingida precipitación á vista de Diocleciano. Cayó en el lazo el desconfiado y medroso viejo, y montado en cólera hizo dar tormento á todos los que estaban empleados en el servicio de su persona para descubrir el promotor del incendio; pero no lo consiguió porque no fueron interrogados los domésticos de Galerio que eran los únicos culpables.

17. Se les propuso á la Emperatriz Prisca, muger de Diocleciano, y á su hija Valeria que estaba casada con Galerio, que rindiesen homenaje á los ídolos, porque se sabia que eran Cristianas, y fueron tan cobardes que lo practicaron. Todos los empleados en palacio que lo resistieron generosamente, como Doroteo sucesor de Luciano en el cargo de gran Chambelan, Gorgonio, Indo, Mardonio, y las vírgenes Domna y Teofila, murieron á la fuerza de los tormentos con que los martirizaron. Á un Cristiano

llamado Pedro, á quien amaba tiernamente el viejo Diocleciano, le condujeron ante él, y negándose á egercer acto alguno de idolatría, le levantaron desnudo en el aire y le azotaron con tanta crueldad que se le veían todos los huesos del cuerpo; despues echaron sal y vinagre en sus heridas, y le asaron en unas parrillas hasta que murió rogando á Dios por sus verdugos y perseguidores.

18. Prendian á los Sacerdotes y Diáconos y encarcelábanlos sin formalidad alguna, y por su sola confesion les daban la muerte con todo género de suplicios; como sucedió con Antimo Obispo de Nicomedia, á quien decapitaron. La vejacion llegó á todos los demás órdenes del pueblo, pues esparcidos por do quiera los Jueces sanguinarios, hicieron las mas diligentes pesquisas, y en poco tiempo llenaron las prisiones de personas de todas edades y sexos. Fueron degollados muchos de los fieles, y mayor número quemado, no uno á uno, pues hubieran faltado verdugos y tiempo, sino en montones y á tropas. Ataron á otros muchos de una vez y á manera de haces los amontonaron en unas barcas, y con piedras grandes al cuello fueron tirados al mar; en una palabra, la multitud de Cristianos proscriptos fue sin número, pues de una sola vez hubo mas de mil en la ciudad de Nicomedia.

19. Sucedió lo mismo en las provincias circunvecinas, en la Grecia, la Tracia, la Asia menor, y hasta en la Siria y el Egipto; por fin en todo el Oriente se derramó profusamente la sangre cristiana. Estos edictos se despacharon á Occidente y dieron pie á

Maximiano, que ya se habia anticipado á ellos, para que comenzase de nuevo con mayor rigor su persecucion contra los Cristianos: de modo que solo se libraron de este azote las provincias inmediatamente sujetas al dominio de Constancio. Y aun al principio hubo de disimular este Príncipe humano y benéfico, declarando públicamente que todos los Cristianos empleados en su palacio que quisiesen conservar sus puestos y cargos debian de sacrificar á los ídolos, como efectivamente lo hicieron algunos, posponiendo su eterna ventura á la fortuna perecedera de esta vida. Mas se cubrieron de confusion y vergüenza estos apóstatas al mirar el desprecio con que los trató su amo, apartándolos por siempre del servicio de su persona, diciendo que no esperaba le fuesen mas fieles que lo habian sido á su Dios. Por el contrario, á los que se mantuvieron firmes y pusieron sus miras en otros objetos superiores á los temporales, les confió la custodia de su persona y de sus estados, y los honró mas que nunca con su beneplácito. Los siervos de Jesucristo en todo lo demás del Imperio, á escepcion de los súbditos de este buen Príncipe, eran el blanco de la rabia de los tres tiranos, ó por mejor decir, de los tres monstruos que habian tomado como á pasatiempo la resolucion de aniquilar y demoler la Iglesia.

Animaba contra ella mas y mas á las potestades del siglo el infierno, desesperado por las muchas víctimas que todos los dias le quitaba, y hasta el mismo cielo, antes de dejarla sólidamente establecida, y antes de concederla la paz con un Emperador celo-